



EL CORREO/EFE

Dos naturalistas observan las gaviotas que sobrevuelan el mar en torno a Chafarinas. Abajo, un científico recoge huevos para su estudio en un nido.



■ «Los bosques de plantas subacuáticas están en franca regresión. Pero aquí siguen creciendo», destaca el director de la reserva



Josu García

Afirma el naturalista Javier Zapata que el nombre de Islas Chafarinas, ese pequeño archipiélago de soberanía española situado en el norte de África, sólo aparece en los medios de comunicación «en contadas ocasiones». De hecho, la última vez que la atención de la opinión pública se detuvo en este recóndito punto del mapa fue durante la crisis del islote Perejil. Numerosos ciudadanos supieron entonces que, además de Ceuta y Melilla, existe a lo largo de la costa magrebí todo un rosario de minúsculos territorios cuya gestión y gobierno pertenece a Madrid.

Las Chafarinas se encuentran en tierra de nadie, o mejor dicho, en *mar de nadie*, sirviendo prácticamente de frontera entre dos continentes. Desde el punto de vista medioambiental, este hecho tiene una enorme importancia. Su alejamiento de cualquier población ha permitido que las islas conserven intacta su biodiversidad. Especies en peligro de extinción como la pardela cenicienta, la gaviota de Audouin, la lapa gigante y el águila pescadora han encontrado aquí refugio y conforman una especie de élite faunística, de forma semejante a lo que sucede respecto al patrimonio vegetal con las posidonias: numerosas variedades de esta flora subacuática se desarrollan al abrigo de las rocas, los pozos y las corrientes.

«Nos encontramos ante uno de los últimos lugares impolutos del Mediterráneo», subraya Javier Zapata, director de la Reserva Nacional de Caza (RNC) del archipiélago; una denominación que puede conducir a equívocos, puesto que nada de lo que

LA ISLA de la vida

La gran **riqueza natural y arqueológica de las Chafarinas** gozará de nuevos estatus de conservación dentro de la Unión Europea

aquí ocurre tiene que ver con las prácticas cinegéticas. La política de conservación que el organismo autónomo Parques Nacionales desarrolla en la zona desde 1982 es tan escrupulosa como la que se aplica en otros espacios protegidos de renombre en la Península. Por ejemplo, sólo se permiten las visitas con fines educativos o científicos.

Y no sólo eso. Consciente de la enorme riqueza de la que goza el enclave, el Ministerio de Medio Ambiente aspira a reforzar a corto plazo el grado de protección sobre estas tierras volcánicas y hacerlo extensi-

vo a sus aguas. El Gobierno quiere que la Unión Europea reconozca a estas islas como un Lugar de Interés Comunitario (LIC). Paralelamente, se ha solicitado su inclusión dentro de la Zona Especialmente Protegida de Importancia del Mediterráneo (ZEPIM).

Con un área de influencia marítima de 300 hectáreas, el archipiélago de Chafarinas se compone de tres islotes: Rey, Congreso e Isabel II. El primero de ellos es el de menor extensión; el segundo es el más grande y de mayor altitud; y el tercero es

La amenaza militar

J. G.

Además de por su riqueza natural y patrimonio cultural, las Islas Chafarinas se distinguen por su privilegiada posición geoestratégica dentro de la región mediterránea. Situadas a sólo dos millas de Marruecos y a cincuenta kilómetros de Melilla, el enclave está habitado por una veintena de soldados españoles.

El interés militar sobre éste y otros minúsculos territorios dis-

gregados por el norte de África se ha multiplicado desde el pasado verano, tras la toma de Perejil por parte del reino alauita y su posterior recuperación por el Gobierno español. En este contexto, los grupos ecologistas advierten de que cualquier pretensión de convertir estas reservas en áreas de disputa política entre países puede arruinar el porvenir de sus recursos naturales.

Para evitar esta posibilidad, y

de paso limar asperezas tras el conflicto de Perejil, la Escuela de Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona propuso a finales del año pasado crear un parque natural de gestión compartida en la región. Las autoridades españolas, sin embargo, desecharon la iniciativa, aunque al final han buscado una solución intermedia que permita la conservación del patrimonio ecológico y, al mismo

tiempo, mantener la soberanía sobre los arrecifes situados en estas aguas.

De ahí, que el Ejecutivo haya decidido solicitar su declaración mundial como Zona Especialmente Protegida de Importancia para el Mediterráneo (ZEPIM), un estatus de protección que obligaría a Marruecos, por ser de carácter internacional, a reconocer y mimar el patrimonio natural de Chafarinas.



el único que se encuentra habitado. En la actualidad, alberga una estación biológica en la que trabajan dos investigadores, así como una guarnición compuesta por una veintena de soldados españoles. «Somos muy buenos vecinos», asegura Zapata.

Ocupada a mediados del siglo XIX por una escuadra naval que se adelantó sólo unas horas a una flotilla francesa, la isla de Isabel II llegó a contar con una población de más de mil habitantes. Sirvió también como lugar de deportación para los presos de la Península y algunos mandos del Ejército acabaron encarcelados en este peñasco, mayoritariamente durante la guerra de Cuba. En estas tierras fue confina-

do también el pensador liberal Francisco Cossío, quien escribió la novela *París-Chafarinas*.

Entre 1851 y 1853 se construyó la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, uno de los templos cristianos más importantes del norte de África. Y en 2000 se produjo el hallazgo de un yacimiento neolítico de 6.000 años de antigüedad en excelente estado de conservación. «Ahora estamos más obligados a preservar el futuro de estas islas, porque al valor ecológico inherente del archipiélago se le ha agregado este legado de carácter histórico y arqueológico. Es la guinda del pastel», apunta el director.

Pero lo que de verdad sorprende de Chafarinas son sus costas escarpadas y rocosas, cortadas a modo de grandes acantilados, que se convierten en un refugio ideal para las aves. La más emblemática es la gaviota de pico rojo o de Audouin. No en vano, en Rey se encuentra la segunda mayor colonia del mundo, con 3.000 parejas. «Sólo sobreviven unas 20.000 en todo el planeta y aquí encuentran un refugio tranquilo, ideal para su supervivencia».

A la espera de la foca monje

Los responsables de Parques Nacionales desarrollan desde 1988 un ambicioso plan de censo y anillamiento de esta especie. «Controlamos su ciclo reproductivo, el tamaño de la colonia y otros aspectos muy interesantes de su biología. El mes que viene, en mayo, haremos una nueva expedición para contar el número de nidos existentes. Tenemos la esperanza de que siga creciendo», señala Zapata. La otra gran ilusión de los biólogos son los mantos de posidonia que pueblan los fondos marinos que rodean las islas. «Estos bosques de plantas subacuáticas están en franca regresión en todo el Mediterráneo. Sin embargo, aquí nuestras poblaciones están creciendo. Esto nos produce una enorme satisfacción», reconoce el naturalista.

El secreto para su conservación: vetar la entrada a buques arrastreros. «Sólo permitimos faenar a embarcaciones tradicionales. Los vecinos del cercano pueblo de Ras El Ma son muy respetuosos, practican una pesca sostenible y guardamos muy buena relación con ellos». Cabe destacar que las Chafarinas fueron el último lugar donde se vio a *Peluso*, el único ejemplar de foca monje que tenía su territorio en suelo español. «Ahora, desde Isabel II se pueden observar algunas focas monje que están de paso. Quizás alguna pareja se establezca en la zona, aunque eso es soñar demasiado», concluye Zapata.



JUAN BELLVER Y ANTONIO BRAVO
INSTITUTO DE CULTURA MEDITERRÁNEA

«El archipiélago es el último reducto virgen del Mediterráneo»

J. G.

Hace tres años encontraron por casualidad una publicación fechada hace medio siglo en la que se apuntaba la posibilidad de que en el peñón de Congreso hubiera un yacimiento prehistórico. Los profesores Juan Bellver y Antonio Bravo, cofundadores del Instituto de Cultura Mediterránea de Melilla, no se lo pensaron dos veces: solicitaron los permisos pertinentes, fletaron una barca y, semanas más tarde, desembarcaron con sus útiles de trabajo en la más grande de las Islas Chafarinas. Un poblado neolítico de extraordinario valor arqueológico aguardaba bajo tierra a los expedicionarios. Desde entonces, los dos descubridores luchan por divulgar la naturaleza y magnitud de su hallazgo.

—¿Qué tiene de especial el poblado que han desenterrado?

—Su principal característica reside en la pureza. Este yacimiento no está contaminado por civilización alguna; una circunstancia que, prácticamente, no se da en ningún otro lugar del Mediterráneo. El hecho de que el enclave haya permanecido durante miles de años deshabitado ha contribuido de manera decisiva a su exquisita conservación.

—En sus estudios sobre el yacimiento afirman que las Islas Chafarinas estuvieron unidas al continente africano.

—Exacto. No albergamos ninguna duda al respecto. Hay evidencias científicas que así lo atestiguan, como son la inexistencia de agua potable en la zona y la presencia de restos óseos de leones y antílopes. No se entiende la presencia humana y el sedentarismo que revela la constitución de un poblado sino es porque el terreno formaba parte, hace 20.000 años, del norte de África, donde los pobladores se aprovisionaban de alimentos y agua.

Convivencia

—¿Cómo resulta el trabajo en Congreso?

—Visitamos la isla entre cinco y siete veces al año. Las expediciones suelen ser muy duras porque los desembarcos se realizan en las rocas y hay que acarrear todo el equipo logístico. Por lo demás, tratamos de molestar lo menos posible a la fauna. Por ejemplo, atamos una caña o pértiga a la espalda para que a las aves les sirva de referencia y no choquen con nuestras cabezas en sus vuelos rasantes. En definitiva, hay que atender a muchos detalles, grandes y pequeños, y es difícil trabajar en estas condiciones. Pero las aceptamos con gusto.

—¿Cómo ven el futuro del archipiélago?

—El porvenir de estas islas debe ir unido indisolublemente a la protección de su riqueza natural y cultural. En este sentido, la colaboración entre arqueólogos y biólogos está siendo muy provechosa. Ambos gremios sabemos que los islotes forman parte de un legado único, un patrimonio valiosísimo para la cultura mediterránea. En realidad, son el último reducto virgen de este mar.



Vista general de la isla Isabel II, la única habitada del archipiélago. Arriba, construcciones que denotan su historia militar.